

Lo quiso el destino

Narrada por Eesha Sardesai

El comienzo de la primavera avanzaba hacia ellos, un grupo harapiento de soldados que descansaban en el campo a las afueras de la ciudad imperial de Kioto. Su pequeño campamento estaba bordeado por los árboles *sakura*, a punto de florecer. Flores rosa pálido —flores de cerezo— asomaban abiertas, desde las ramas, en una imagen de calma transitoria.

Una mañana temprano, el general de la unidad se hallaba sentado bajo uno de esos árboles *sakura*, vigilando el campamento. Sus soldados despertaban lentamente del sueño. Uno de ellos comenzó a recoger un montón de palos tratando de encender un fuego. Otros preparaban algo de comida.

Había sido una larga guerra, luchada durante muchos años a través de muchas de las provincias de Japón. El general, Nintoku, podía contemplar el precio que habían pagado sus hombres. Nunca hablaron de dificultades, ni una sola vez, pero él lo sabía muy bien. Podía observar cómo sus caras se habían vuelto de un ligero color ceniza; cómo sus pasos cada vez eran más lentos, más dificultosos; cómo, tan pronto abandonaban el campo de batalla, sus hombros se encorvaban y cedían. Hubo un tiempo en el que esos hombres caminaban con la cabeza bien alta. Se jactaban de sus victorias y de los valerosos actos que estaban prontos a realizar.

Mientras el general Nintoku estaba ahí sentado, reflexionando acerca de lo que había que hacer para elevar la moral, uno de los soldados llegó corriendo hacia él.

“¡General!” dijo el hombre, apoyando sus manos sobre las rodillas mientras recuperaba el aliento. “Hay un mensaje para usted de palacio.” Extendió un sobre largo y fino.

El general cogió el sobre de las manos del soldado y sacó el papel de su interior. Estaba cubierto por una caligrafía limpia y densa, una elegante mano que no concordaba con el mensaje que transmitía. Cuando el general finalizó la lectura, hizo una pausa y miró más allá del horizonte. El sol casi había salido por completo, una pátina de resplandor naranja iluminaba ahora los árboles, tiñendo el campo con su calidez.

“¿General?” dijo el soldado, vacilante. “¿De qué se trata?”

El general permaneció en silencio durante un instante. Una de las flores de cerezo se deslizó de la rama sobre él y aterrizó en su regazo. Él la recogió, mirando los pétalos, finos como el papel. Eran casi blancas por completo, esas flores, aunque seguramente en algún lado habría una vena de color rojo corriendo por ellas.

El general Nintoku se volvió hacia el soldado. “Debemos regresar en breve a la batalla” dijo. “El enemigo se aproxima desde el norte. Vienen muchas tropas.”

“¿Cuántas?” preguntó el soldado.

“Al menos tres veces más de a pie que las nuestras. Y el doble de caballería.”

“¿Podemos pedir refuerzos?”

“Podemos, pero no llegarán a tiempo.”

“¿Entonces qué haremos?”

“Lucharemos,” dijo simplemente el general. En esto se puso de pie, metió la carta dentro de sus ropas y comenzó a andar por el camino que salía del campamento.

La pregunta del soldado resonaba en la mente del general. ¿Qué *iban* a hacer? Por mucha valentía con la que luchasen sus hombres, si no repelían al enemigo, la ciudad imperial sería tomada.

Siguió caminando durante algún tiempo y en un momento dado dobló una esquina y encontró ante sí el brillante arco rojo de un pórtico torii. Estaba a la entrada de un templo. Flanqueando la puerta había dos perros guardianes de piedra, uno con la boca abierta y el otro con la boca cerrada. Eran unas criaturas imponentes, pero de alguna manera parecían invitarle a que entrara.

El general Nintoku atravesó la puerta y caminó al interior del templo. Al llegar al altar se inclinó, tocando el suelo con su cabeza. Después se arrodilló durante un tiempo. Sus ojos se cerraron mientras la tranquilidad del templo le permeaba, asentándose en el espacio de su corazón. Las plegarias surgieron de su interior espontáneamente. Pidió fuerza y sabiduría para cumplir su deber, para garantizar que la ciudad estaría protegida ahora y por siempre. Rogó que sus hombres vieran de nuevo a sus familias.

Fue mientras estaba en medio de sus oraciones que lo escuchó: un ruido que al principio era casi imperceptible se iba haciendo cada vez más fuerte. Provenía de algún lugar detrás de él. Sonaba como algo metálico.

Abrió sus ojos y en seguida descubrió el origen del ruido. Era una moneda, zumbando alegremente por el suelo. Aminoró su ritmo a medida que se aproximaba a donde estaba él arrodillado, girándose sobre su cara y balanceándose arriba y abajo antes de - “¡plink!” - golpear finalmente el suelo.

El general miró a su alrededor. No había nadie más en el templo. Tomó la moneda y la volteó sobre su palma. La miró atentamente durante unos momentos. Lentamente, una sonrisa se encendió en su rostro.

Esa mañana, más tarde, después de que el general Nintoku hubiese regresado al campamento, reunió a sus soldados alrededor de él y les habló de la inminente batalla. Recibieron las noticias estoicamente, pero el general les notó inquietos. Sus ojos estaban muy abiertos; sus bocas, apretadas, afiladas.

“Sé lo que están pensando,” dijo el general Nintoku. “Pero el destino no es siempre lo que parece. ¿Ven esta moneda?”

Levantó la moneda que había encontrado en el templo.

“Esta moneda vino a mí mientras estaba orando en el templo de las proximidades. Yo creo que es una señal”

“¿Una señal?” dijo uno de los hombres. “¿Cómo es eso, general?”

“Bien, saben lo que los comandantes solían hacer en tiempos de nuestros ancestros”

Los soldados se miraron unos a otros con cara de interrogación.

“No, general,” dijeron finalmente. “No lo sabemos.”

“Se los explicaré,” dijo el general Nintoku. “Antes de una gran batalla, el comandante reunía a sus hombres a su alrededor – del mismo modo en el que están ustedes todos reunidos hoy -. Entonces tomaba una moneda, normalmente una que había llevado a bendecir en un templo o un santuario de los alrededores. Parecida a esta moneda que tengo en mi mano.”

El general hizo una pausa.

“¿Y?” uno de los soldados comentó. “¿Entonces qué?”

“Entonces el comandante decía a sus hombres, ‘¡Hombres! Voy a lanzar esta moneda. Si sale cara, significa que saldremos victoriosos’. Y cada vez que salía cara – no importaba lo extraño que pudiera parecer o cuán superior en número fuera el enemigo – ganaban la batalla”.

“¿Qué?” “No— ¿De verdad?” “¿Cada vez?” Los soldados no salían de su asombro.

“Sí,” dijo el general Nintoku. “Cada vez. Así que ahora voy a lanzar esta moneda que tengo en mi mano. Y escuchen lo que les digo, si sale cara, *saldremos* victoriosos, tal y como nuestros ancestros lo hicieron antes que nosotros.”

El general tomó la moneda entre su dedo pulgar y el índice. Los soldados se acercaron para verlo mejor. Su curiosidad—su esperanza, su deseo de creer que era posible, sólo que era posible, que su destino no estaba predeterminado—superó cualquier escepticismo.

Con un golpe de su dedo el general Nintoku lanzó su moneda al aire. Subió y subió y subió, dando vueltas sobre las copas de los árboles. Todas las miradas la siguieron; apenas se atrevieron a respirar, mucho menos a moverse.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, la gravedad hizo descender a la moneda, que aterrizó en la palma extendida del general. El bajó su mirada, con el rostro impasible. Entonces alzó la mirada.

“Cara”, dijo.

Durante un momento, todo quedó en calma. Y entonces, un estallido de vítores. Un aplauso atronador. Los soldados se abrazaron unos a otros, se golpearon el pecho, lanzaron sus puños hacia el cielo. De pronto, todo era posible. La victoria estaba ante sus ojos.

Llenos de nueva energía, marcharon a la batalla. No estaban preocupados, no se frenaron cuando vieron las hordas enemigas avanzar a toda velocidad hacia ellos. Emplearon todas las estratagemas a su disposición. Lucharon con una ferocidad desconocida para ellos. He aquí que, al final del día, sus enemigos admitieron su derrota.

El general Nintoku observó desde su asiento junto a los árboles *sakura*, cómo el enemigo se batía en retirada. El cielo estaba naranja de nuevo, el sol retornaba a su descanso tras el trabajo del día.

Justo entonces, se produjo un susurro en algún lugar en los alrededores. El general se volvió para ver cómo se aproximaba uno de los soldados – el mismo que le había hecho llegar el mensaje de palacio.

“General,” dijo el soldado. “¡Qué increíble destino el nuestro! ¡Gracias a Dios que salió cara!”

“Sí, desde luego” dijo el general Nintoku. “Nuestro destino es increíble.”
“Ven aquí,” dijo al momento. “Quiero que tengas esto.” Le extendió con su mano la moneda al soldado, que la tomó en la propia.

“Un recuerdo del destino,” dijo el general Nintoku, “para que lo conserves en tus manos.” Dio una palmada en la espalda al soldado y se marchó.

El soldado bajó la mirada hacia la moneda, la cara en su superficie apresando la última luz del día. Le dio la vuelta. De nuevo, el sol brillaba sobre la cara en su superficie.

